cuencias; para que aprendamos a amar y a esperar de verdad».

En un primer momento, ella no reconoció al Maestro. Pero perseveró en su afán de encontrarle. Sólo al escuchar su nombre, con el acento personalísimo con que Jesús se dirige a cada uno, reconoce al Salvador. Y a ella, la primera entre los discípulos que vio al Resucitado, se le confía el primer anuncio de la resurrección: un mensaje que no ha cesado de difundirse desde entonces en el mundo. Una preciosa responsabilidad que recae ahora en cada uno de nosotros. ¡Cuántas veces se sirve el Señor de otras personas, para llamarnos a cada uno por nuestro nombre y comunicarnos también el encargo de darle a conocer a otras gentes!

La contribución de la mujer a la Iglesia

Las mujeres del Evangelio —María Magdalena, Marta y María de Betania, Juana, Susana y Salomé—, sirvieron a Jesucristo con una lealtad que no siempre demostraron los discípulos. Ellas acompañaban al Maestro por los senderos de Palestina o lo alojaron en su hogar; lloraron a su lado en el camino de la Cruz; fueron con la Madre, Santa María, hasta el patíbulo; y quisieron honrar el cuerpo de Jesús tras la sepultura...

Hoy como entonces, la mujer está convocada a contribuir a la misión de la Iglesia con su inteligencia, su sensibilidad y fortaleza, su piedad, su celo apostólico y su afán de

servicio, su capacidad de iniciativa y su generosidad. Pero, por encima de todo, puede contribuir —como los demás fieles cristianos— con su santidad personal. Esta es la enseñanza primordial de la vida de María Magdalena: quien desea verdaderamente servir a la Iglesia, ante todo pone sus ojos en Cristo, le sigue de cerca por los caminos de la tierra, con fidelidad total, incluso cuando los demás huyen ante la aparente victoria del mal.

El próximo 22 de julio supone una ocasión para recordar la vida de la Magdalena, que viene a presentarse como el resumen de la biografía de cada cristiano: comenzar y recomenzar, con humildad; amar a Cristo; confiar en Él pese a las sombras que, a veces, quizá oscurezcan el camino; servir a los demás con empeño creciente, en el lugar donde nos ha tocado vivir. La humanidad necesita mujeres y hombres así: capaces de acudir sin cansancio a la misericordia divina, leales al pie de la Cruz, atentos a escuchar —en las tareas ordinarias de cada jornada— el propio nombre de los labios del Resucitado.

“Abrid las puertas a la misericordia”,
en *El Tiempo*,
Colombia
(21-VII-2016)

Una vez más, en torno al Santo Padre se reunirán cientos de miles de chicos y chicas procedentes de todo el mundo. Dejarán por unos

días sus hogares, sus estudios o sus actividades ordinarias para celebrar juntos la belleza de la fe cristiana y de la Iglesia santa.

La intuición de san Juan Pablo II —quien propuso a los jóvenes estas jornadas hace ya 30 años— ha arraigado con fuerza en la vida de muchachas y muchachos —católicos o no— del mundo. Ahora, esta Jornada de 2016 retorna a las raíces geográficas y espirituales del santo Pontífice polaco: allí la misericordia será de nuevo la chispa que encenderá tantos deseos de entrega a Dios, de conducta de servicio a los demás. En los oídos de quienes atravesarán Europa, camino de Cracovia, resonarán esas palabras que sorprendieron al mundo y que continúan siendo actuales: *¡No tengáis miedo! ¡Abrid las puertas a Cristo!*

Siguiendo los pasos de san Juan Pablo II y de santa Faustina Kowalska —que nos hablan de la Misericordia de Dios—, serán días de propuestas a los jóvenes para abrir las puertas del alma, para descubrir la misericordia. En efecto, hemos de evitar el riesgo de que misericordia sea únicamente una hermosa palabra, capaz de llenar discursos, frases redondas o canciones, pero que no tome cuerpo en nuestro ser y en nuestro obrar. Por eso, el Papa Francisco nos ofrece muchas oportunidades —esta JMJ es un ejemplo— para experimentar y encarnarla.

La misericordia de Dios es idéntica a él, por eso brota desde

su mismo misterio. Para desvelar su contenido, hay que acogerla, y el mejor modo —el camino más directo y gozoso— pasa a través de la confesión de nuestras faltas en el Sacramento de la Penitencia. Dejar en sus manos nuestras ofensas nos permite conocer hasta qué punto nos ama el Creador. «Jesucristo —decía san Josemaría— está siempre esperando que volvamos a él, precisamente porque conoce nuestra debilidad». Ojalá muchos jóvenes regresen de Cracovia con la mirada más limpia y el alma alegre tras haberse puesto en manos de la gracia divina, tras haber sentido el abrazo de este Padre divino que siempre espera nuestro regreso. ¡No tengamos miedo, abramos las puertas a la misericordia de Dios! Esta actitud nos conduce a volver al bien, si lo hemos perdido, y genera nuevos deseos de amor.

La misericordia cobra su fuerza en nosotros también cuando se ejercita. Tal es su poder, pues posee la capacidad de llenar una vida, de transformar una existencia gris en la fuerza poderosa, positiva y pacífica, que necesita nuestra sociedad. La sana inconformidad caracteriza al alma joven, como explicaba san Josemaría: «De joven fui rebelde y ahora lo sigo siendo. Porque no me da la gana protestar por todo sin dar una solución positiva, no me da la gana llenar de desorden la vida. ¡Me rebelo contra todo eso! Quiero ser hijo de Dios, tratar a Dios, portarme como un hombre que sabe que tiene un destino eterno y además pasar por la vida haciendo el bien que pueda, com-

prendiendo, disculpando, perdonando, conviviendo...».

Estas fechas en Polonia nos ofrecerán numerosas ocasiones para ejercitarnos en la misericordia, en el espíritu de servicio: la convivencia con personas desconocidas, los momentos de espera, el calor y el frío, las horas escasas de sueño u otras incomodidades nos facilitarán oportunidades para atender y ayudar a los demás como lo haría Jesucristo. Ojalá con esta experiencia, cada uno regrese a su hogar con un propósito —concreto y personal—, que contribuya a difundir el poder de la ternura de Dios en todos los rincones de este mundo.

Si hacemos de estos días una escuela de misericordia, cada peregrino volverá a su lugar de origen con la mochila cargada de esperanza, capaz de repartir a manos llenas el tesoro inagotable que guarda un alma que se ha dejado abrazar por el Señor.

“Misericordia. La Obra de Dios”, en *Niedziela*, Polonia, (septiembre de 2016)

Por Paweł Zuchniewicz

El prelado del Opus Dei, Javier Echevarría, estaba entre el millar de obispos que asistieron a la JMJ en Cracovia. Durante esos días se reunió con varios miles de jóvenes que participan en las ac-

tividades de formación espiritual que ofrece la Prelatura.

El Opus Dei fue fundado por san Josemaría Escrivá de Balaguer el 2 de octubre de 1928. Como solía decir el fundador, entonces «tenía 26 años, la gracia de Dios y buen humor». Hoy en día, ese trabajo apostólico cuenta con más de noventa mil fieles (unos 2.000 son sacerdotes), y está presente en 60 países, incluyendo Polonia. Entre las iniciativas que realizan muchas personas del Opus Dei no faltan las de caridad. Un ejemplo, entre otros, es *Harambee Africa*, una organización internacional que promueve programas sociales y educativos en el África subsahariana. Esta iniciativa fue creada para conmemorar la canonización de Escrivá de Balaguer en 2002.

Mantuvimos esta entrevista con el segundo sucesor de san Josemaría (después del beato Álvaro del Portillo) el viernes 29 de julio. Fue inmediatamente después del Via Crucis que el Papa Francisco presidió en el Parque Jordan de Błonia (Cracovia).

¿Cuáles fueron sus primeras reflexiones después del Via Crucis?

El Via Crucis es siempre un encuentro con el amor de Cristo. Un encuentro doloroso pero a la vez esperanzado y purificador. Rememorar los momentos de la Pasión me ayuda siempre a recordar que Cristo sigue amando a los hombres, a cada uno de nosotros. Y ver a tantos chicos y chicas que le siguen detrás de la Cruz, me hace considerar que la juventud sigue